

asusta al niño en brazos de la madre. Las mujeres no se asustan de los fuertes; antes bien, aman sus caricias y sus ásperas crines; mas es con la condición de que no lleguen a ellas sino dominadores y musculosos. No gustan de sus gracias elefantinas; y en la galantería lírica, los vencedores son los abates sonrosados, los danzadores de minué, los delicados y perversos que madrigalizan. *Almafuerte* ama el amor, no los amores. Es ingenuo; ha confesado que siempre quiere creerse y ser inocente: no desea ver.

Pero ve, y entonces es cuando se irrita, y se oye el conocido galope decasilabo de conocidas estrofas, pues *Almafuerte* tiene estrofa oficial:

.....
 Y así como Eliphas esgrimía
 Su torzal de retórica sabia,
 Entretanto que Job delirante,
 Rayendo su podre con Dios disputaba,
 Toda acción, todo afán, todo verbo,
 Pretendió conducir su arrogancia;
 Si el dolor es de Dios, y él lo guía,
 Tal vez en el mismo trabajo trabajan.

Un solo de Mr. Monney.

Los lectores de *La Nación* conocen a mister Monney. Es aquel inglés que vino de Inglaterra a cobrar unas cédulas hipotecarias, provisto de grandes recomendaciones para que no le aplicasen las leyes comunes, porque él creía que aquí las leyes y la justicia no andaban en buena relación con las garantías constitucionales. Desde entonces Mr. Monney me visita frecuentemente, más que todo por el interés de que le resuelva algunas dudas que le ocurren en la tramitación de sus negocios por las Administraciones públicas, o sobre palabras de nuestro idioma, que a veces no alcanza a comprender en todos sus significados.

A mí me tiene herido en mi susceptibilidad de argentino, porque yo soy de los que creen que los extranjeros son unos ingratos en venir acá con su inteligencia y su dinero a criticar que no hay justicia, que no hay orden estable, cuando lo natural sería que por gratitud a esta tierra hospitalaria elogiásemos nuestros defectos, como se hace muy sinceramente entre amigos. Yo no puedo perdonar a Mr. Monney su ingratitud con este país: ha venido acá con quinientos mil pesos en cédulas, que son papeles que en su país no podía vender, los ha realizado por cincuenta mil pesos, nada menos, y todavía se queja.

Fué con motivo de esta feliz operación que me hizo su última visita, o mejor dicho, que me dió un solo tremendo, refiriéndome esos contratiempos tan comunes cuando se está de paso en una ciudad, pero que él con malignidad intencionada criticaba amargamente. Verdad es que se conocía que había tomado más whisky que el de costumbre.

—No ve usted — me decía —, yo no traje más dinero que el que calculaba necesitar para una

ligera estadía, sobre todo porque además traía medio millón de pesos en títulos, y soy persona de arraigo aquí, poseo campos nacionales; de manera que ¿cómo había de sospechar que me vería en apuros? Pues he estado unos días sin tener con qué pagar mi pensión y a punto de ser expulsado del hotel. Entonces me dije: voy a pedir un descuento al Banco de la Nación, con preferencia a cualquier otro, porque así le dejaré esa utilidad al país; los otros Bancos trabajan con capital extranjero, que no por ser nominal dejan de salir de aquí las utilidades. Ese día, sin embargo, no pude hablar con el presidente. Al día siguiente conseguí que me recibiese. «Señor — le dije —, yo tengo títulos y tierras por valor de un millón de pesos, y necesito momentáneamente una pequeña suma; solicito, pues...

»— Basta, no continúe usted — repuso el señor presidente, interrumpiéndome —; preséntese en forma.»

Como yo me quedase perplejo, porque no atinaba a comprender qué era eso de presentarse en forma, al volver de mi atolondramiento, ya el

presidente había desaparecido, atraído por otras atenciones, y salí a buscar informes.

La mejor forma en estos casos, decía yo para mis adentros, es la palabra hablada, porque es el procedimiento más rápido. Es lo que se hace en todos los Bancos. En cinco minutos se habla con el gerente y ya se sabe si se puede o no girar.

Es lo que se acostumbra en mi país también. Usted sabe que los ingleses decimos: El tiempo es oro.

Estaba yo entregado a estas reflexiones, cuando pasó por mi lado un negro cargado con una bandeja de tazas de te y cajones de cigarros, y lo detuve un momento: «Dígame, ¿qué significa presentarse en forma? — Mire, mister — me contestó el negro —, lo mejor es ver a un corredor.»

Yo, que me afligía con la idea de volver al hotel sin dinero, corrí a buscar a mi corredor, que tenía mis títulos sin conseguir venderlos, y tuve la desgracia de no dar con él: había ido al Banco. Vuelvo allí, y nos *desencontramos*. Felizmente, se

me informó que no era esencial el servirse de un corredor; que presentarse en forma quería decir presentarse por escrito. Entonces hice mi solicitud y esperé.

A las tres vienen a decirme que iba a cerrarse el Banco. «Pero no puede ser — digo yo desesperado —. ¡Si no me han despachado todavía!

» — ¡Fuera, afuera, afuera! — dice el sirviente —. ¡Ligerito; hasta mañana no hay Directorio!»

Tenía vergüenza de volver al hotel, pero ¿qué hacer? Fui no más, y el hombre quedó conforme con la promesa formal de que al día siguiente pagaría mi cuenta.

Al día siguiente a las dos de la tarde todavía no se había reunido el Directorio. ¡Qué desesperación! Temiendo no ser despachado ese día, corrí a buscar los títulos de un campo, y me fui al Banco Hipotecario Nacional. Así — dije —, si no es uno, será otro que me salve de este apuro; y cuál no sería mi sorpresa cuando me dicen: «Este Banco no trabaja.» Salí corriendo para el Banco de la Nación y llegué sofocado a la oficina de informes. El Directorio estaba reunido,

pero no había resolución hasta el día siguiente. Yo me quería morir. ¿Qué dirían en el hotel?

Cuando entré en mis habitaciones encontré sobre la mesa un papel: era una citación del Juzgado de Paz. Estaba demandado. Caviloso ante esta situación extraña para un hombre de mis condiciones, salí de mi estupor al sentir que alguien me requería desde la puerta. «¡Adelante!, grité. — ¿Mr. Monney? — Servidor. — Yo vengo a ofrecer a usted mis servicios de procurador, porque sé que lo han demandado por desalojo y cobro de pesos. — ¡Ah, sí, bueno! Voy a decir a usted; yo pienso tener dinero de un momento a otro y pagaré en el acto.

» — No se apure usted; si no es necesario pagar — respondió el procurador.

» — ¡Cómo! Entonces se dictaría un lanzamiento contra mí, lo que sería muy justo.

» — Voy a decirle — repuso mi procurador con cara maliciosa y aire reservado —: por la ley, como usted tiene las piezas por día, pueden desalojarlo al día siguiente y retener su equipaje si no paga; pero como aquí no pueden ser jueces

de paz los que conocen las leyes, abogados o escribanos, estas cuestiones se resuelven *en conciencia*, es decir, contra la ley; aparte de que se puede conseguir también que no se resuelva nada. Yo se lo garantizo, ya lo creo: primero recusamos a todos los jueces, después no se asiste a la citación, después hacemos que el juez se excuse, después alegamos que hay contrato, después apelamos, después viene la feria.

» — Y ¿qué es la feria?

» — Es una época en que no hay justicia en este país.

» — ¡Qué barbaridad! » Y como yo viese que el procurador se había entusiasmado ante la perspectiva de la chicana y la mala fe, como un artista ante el desarrollo espléndido de una obra maestra, me repugnó su presencia y lo despedí, diciéndole que no necesitaba sus servicios porque iba a pagar en seguida. Me miró con una mezcla de compasión y desprecio, como diciendo: ¡qué estúpido!, y se fué descontento.

Yo sabía que al día siguiente iba a tener dinero del Banco.

Así, pues, a primera hora concurrí a la oficina de informes con la ansiedad consiguiente, donde me dieron un papelito que leí presuroso. Decía algo que yo tomé por un atrevimiento del empleado, y casi hago una barbaridad. Decía: *Hágase introducir.*

«Usted es un insolente — le grito yo al empleado, y a ese tiempo alguien me toca del brazo y me habla.

» — ¡Hola Mr. Monney! ¿Qué anda haciendo por acá?»

Era mi corredor, a quien le conté todos mis afanes, y él, finalmente, me explicó el significado del papelito y el mecanismo pesado del Banco de la Nación: que debía hacerme presentar por alguien, a lo que se daba gran importancia, aunque eso no era una garantía más que para el Banco; que debía ir con otra firma; que aun así tal vez me dirían *en otra oportunidad* o no ha lugar; que si quería descontar un pagaré en el día debía dirigirme a cualquier Banco extranjero, y si necesitaba dinero sobre hipoteca, me darían en el acto en la Agencia inglesa de manda-

tos y préstamos; pero que no hiciera nada de esto porque ya había vendido mis cédulas y tenía su liquidación para entregarme.

Así, señor barón, yo ya no espero para marchar sino ver fusilar a ese senador que me dicen ha hecho una revolución en un Estado o provincia, donde ha habido muertos, y el gobernador derrocado y secuestrado y qué sé yo cuántas cosas. ¡Caramba, es interesante ver fusilar a un senador! Nosotros los ingleses no perdemos esos acontecimientos.

— Pero no, Mr. Monney; ¿cómo se imagina usted que en un país libre como éste se van a castigar los actos políticos?

— En Inglaterra, si un miembro del Parlamento se robase a la reina, yo creo que...

— Bueno; pero es que ustedes no gozan de la misma libertad que nosotros. Acá eso no es un crimen. Eso se llama aquí marchar con el espíritu del siglo. Si hubiese un presidente tan osado que quisiera arrebatarle al país esa preciosa libertad, caería como un mentecato.

— ¡Qué barbaridad!

Córdoba.

La ciudad de los templos. — Sensaciones y paisajes.

Córdoba, 28 de septiembre de 1896.

El viaje hasta la ciudad de las iglesias, como se le llama, no ha sido sino una común traslación en semipullman, con las comodidades e incomodidades consiguientes.

Tras una noche de tren se entra en Córdoba entre casitas pintorescas, con cercos de rosas. Luminoso era el cielo cuando llegué, y alegre el aire y mucho el polvo, entre los barrancos que anuncian la estación. Carruajes espléndidos, de alquiler, reveladores de pasadas crisis, y coches que aún no se distinguen con las insolencias metropolitanas. Y bajo la caricia de un clima

dulce se entra en la ciudad colonial, que se hace dueña de uno desde luego, sin pretender de población «docta» ni mostrar más joyas que las propias y buenas, ni ceñirse de abalorios. Sus casas hablan excelente español, con un dejo criollo. Dicen «buenos días» con dignidad e hidalguía gentilicias, sobre todo las antiguas, las exclusivamente antiguas, sin encumbramiento ni afeites arquitectinales. Y en el saludo de la ciudad se siente un soplo innegable de nobleza. Indudablemente es ésta la Córdoba severa y española, en lo que lo español tenía y conserva en parte de distinción y aristocracia. El bullicio de la ciudad moderna se hace notar en el escaso trompeteo de unos pocos tranvías; el cañarío de ese fenomenal Buenos Aires está muy lejos; la vida es apacible y el cielo y el sol dicen que hay pocas chimeneas y muchas oraciones. Pocas chimeneas hay y muchas oraciones, en efecto.

Y no pocas torres y campanarios, de donde viene que la capital cordobesa sea llamada la ciudad de los templos. Los que hayáis viajado

por España veréis cómo aquí se siente, desde la primera impresión, la persistencia de España. Una Córdoba, religiosa y universitaria, parece demostrar este espíritu hasta en el tocado. Los ferrocarriles le hacen comprender poco su inglés. Los campanarios cantan en latín por las mañanas, por las tardes. A un extremo de la gran calle, Vélez Sársfield, en bronce aún cubierto, no rompe a hablar sus cosas. A otro extremo el general Paz va en su caballo, en el pasado. Y en la calle, llena de árboles en sus flancos, mi alma siente el consuelo de una paz amable y silenciosa. ¿Es ésta una ciudad refugio para los hombres de ideal y de poesía? Por lo menos y por de pronto, encuentro que no hay huelga de cocheros...

Ayer, domingo, vi la gente de fiesta ir a misa: hay Dios en la ciudad. Por la tarde, lindos rostros, soberbios cuerpos, a pie, en carruaje, en los balcones: hay alegría y hermosura en la ciudad. Con un intervalo de diez minutos han pasado ante mi vista los *rowingmen* del nuevo lago para regatas, cerca del Parque, chico y lindo, y un ca-

nónigo meditabundo, que tomaba el fresco de la tarde, como en un recodo del Pincio, calle abajo, en la que viene de la Córdoba Alta, por avenida que más tarde será espléndida, con ayuda de vecinos y celo de gobernadores.

Reposado, y en mis primeras sensaciones de *globe-trotter*, rebusco en mi memoria comparaciones. Y Córdoba me trae al recuerdo Santiago de Chile, y atravesando el Continente, allá, muy lejos, Guatemala, en la América Central.

Este recuerdo de la tierra de mi nacimiento, Centro-América, desarrolla en mí un nuevo cariño. Córdoba viene a serme familiar, como una ciudad de mi infancia. Pretendo hallar en su cielo un rayo de luz conocido de antaño, y en la lengua de sus iglesias una voz oída en tiempos de pasada felicidad, y en sus flores y sus hierbas, olores que comprendiese mi alma viril de hoy. Algunos ecos han resonado en realidad, conocidos míos, y algunos perfumes me han hablado de aquellos que en parajes lejanos sintiesen mis narices de niño. Mis narices de hombre huelen aquí buen incienso, buena naturaleza,

buena brisa, buenas rosas. Y aprovechando el sentido de Baudelaire, husmea otras tantas cosas. Husmea una política cuyo perfume no quiero explicarme, pues no es ése mi ambiente; una sociedad seria y sólida, que si peca por preferir los aromas de los incensarios tradicionales a los *pachulíes* del libre pensamiento, no es pecado grueso el que comete y libre está por ello de males mayores; una juventud que busca su vía, que no se disminuye en foscas localismos anticapitolinos porque sí, sino que medita con saludables y vigorosos estudios universitarios, sin echar en olvido el ilustre pasado—*Ut poetet nomen meum coram gentibus*— trata de alistarse para la lucha del porvenir.

Córdoba tiene la ilustre virtud del orgullo justo. Ama su amarillento pergamino, su sello del tiempo pasado, en cuanto ambos autentizan la cepa preclara originaria. Bien haya Córdoba ese orgullo. El aislamiento delante de lo banal y advenedizo, ¡qué gran distinción! Si ya no se sabe rezar y Córdoba reza, rece en buen hora, que a Dios rogando y con el mazo dando, puede hacer,

del cimientó a las flechas de la torre, su grandeza. Si ya no se sabe rezar y ella prospera sin olvidar su rezo, deje Córdoba que la llamen frai-luna y pacata, que el ítem y ventaja del triunfo material y práctico será el alma limpia, sencilla y gozosa.

Para la mayoría de los lectores de *La Nación* querría hablar de fábricas e industrias. Pero la *soda-water*, las galletitas y el papel pueden esperar; y para fábrica, esta magnífica iglesia de la Compañía, donde en trabajado cedro paraguayo hicieron los jesuítas primores, y toda ella es oro y lujo eclesiástico, y su rotonda imponente, y sus muros y altares con bellas telas, y su fachada, que rajó el terremoto, feísima.

Desde las alturas cercanas, el panorama de Córdoba se abarca de una mirada. Es ciudad hermosa, como discreta en su elegancia, ceñida de su río. Muestra, prendas ricas y viejas, sus iglesias. Sus verdes, sus arboledas frescas la rejuvenecen y animan. Las dos torrecillas amarillas del cementerio hacen apenas notar su presencia triste. En curva graciosa y dilatada tiende su pobla-

ción la ciudad docta. En la hora de la puesta del sol noto un admirable poniente: las casas, los edificios medio perdidos ya en la suavemente obscura invasión crepuscular; y arriba, del lado de las sierras, un rompimiento de oro, una gloria de fuego, una resistencia luminosa que parecería hiciera retardar el paso de la noche...

Sensaciones de viaje.

En Córdoba. — La peregrinación bonaerense.

Córdoba, 3 de octubre de 1896.

Desde ayer Córdoba ha llenado de banderas y banderolas las calles por donde debe pasar la peregrinación bonaerense, la peregrinación que viene, con el arzobispo a la cabeza, a honrar a la milagrosa y gloriosa Señora del Rosario.

Es ésta una de las más ilustres Marías de América, siendo América el país de las Marías. Me diréis que en Europa los santuarios consagrados a la Virgen son muchos y renombrados; pero los de América tienen tal lustre y abolengo y carácter, que quedan como de los primeros. Lourdes es de ayer. Copacabana resuena ya en el teatro

clásico español. Y luego, las Marías son como las rosas: todas son reinas, aunque lleven distintos nombres y nazcan en diferentes climas.

¿No es la maravillosa Rosa mística la que deslumbra a Dante en lo sublime del Paraíso? Pues esa misma Rosa es la que pone rosas frescas en la manta del indio bienaventurado, Juan Diego, el mejicano. Las Marías de América resplandecen y perfuman con singulares luces y aromas. Desde la de Guadalupe de Méjico hasta la del Milagro cordobesa, forman legión, vale decir constelación. No es de las menores Nuestra Señora de la Concepción, del Viejo, en Nicaragua, cuya imagen fué llevada a aquellas buenas tierras por un hermano de Santa Teresa de Jesús. Con los santuarios de las Vírgenes alternan los de los Cristos. La tradición forma alrededor de las santas imágenes aureolas de prodigio; la leyenda crea sus brumas encantadoras; la historia comprueba también la verdad de la influencia celeste. Los mínimos de Dios queridos, gozan con el convencimiento de la comunicación divina; los altares se enfloran de cirios y se decoran

de exvotos. Los librepensadores emplean holgadamente su libertad de expansión. En medio de las catástrofes, de las públicas desgracias, suelen elevarse clamores de fe, que pronto se apagan pasado el peligro. Los misioneros del Evangelio, es lo cierto, están más seguros entre los calmucos o los matabeles que entre los hijos de Buvard y de Pecuchet, que casi dominan en todas las sociedades del mundo. ¿Los enemigos de la fe no saben la primavera que se pierden?

El hotel que me hospeda está a pocos pasos de la iglesia en que se venera la ilustre Virgen de Córdoba. Las voces de las campanas han dado a mis oídos alegrías ya casi olvidadas. Miro cómo por las calles pasan las gentes de religión camino del templo. Llegan a mí el son del órgano, los cantos cercanos. Pasan mujeres ancianas, jóvenes y bellas mujeres, niños con sus abuelos, con sus padres. Cantan a una el órgano y el campanario. Pasan los blancos carmelitas, pasa un franciscano, luego un dominico con su golilla, como un cóndor. Llego a la puerta de la iglesia y advierto que, como con temor y

hondo deseo religioso, un coya, que de seguro acaba de dejar su mercancía no lejos, quiere entrar a la casa de la Virgen. Y junto a él un señor opulento, y luego un carbonero viejo, que al pasar el umbral se persigna. ¡Oh, carbonero, carbonero, si eres tú el de la fe pura y grande no vacilaría en pedirte, en noches de angustia, la limosna de una parte de tu negro poncho para mi alma muerta de frío! Gracias a Dios, no me siento en invierno...

* * *

Los peregrinos de Buenos Aires vienen por la calle de San Jerónimo. Alcanzo a distinguir a lo lejos, en la ola que avanza, la nota violeta del arzobispo. Un grupo de caballeros de frac—una Comisión de la ciudad — aparece por una calle; junto a los romeros, cansados del viaje, niñas vestidas de blanco —trece, catorce, quince años—llevan cestos de flores. Un colegio de niñas pobres, con sus tristes uniformes —pero ellas alegres —, viene no lejos de las otras. Un colegio

de niños le sigue, organizado en fila; tras los niños, a pie, humilde, fatigado, viejo, un sabio jesuita, como su general. Y en coches, a pie, en las esquinas, en las aceras, en las puertas, en las ventanas, en los balcones, niñas, damas, rosas cordobesas, muchas rosas.

Como he leído la palabra del obispo, en que pide vítores y manifestación en el tránsito, me extraña ver en la muchedumbre poco entusiasmo, y juzgo que acaso Córdoba, nido de creencia, cuente ya con pocos de sus baluartes. Desearía ver los estandartes agitados por una fuerza de fe, por un aire de esperanza.

La verdad es que conozco cordobeses del color de la púrpura, allí, en Buenos Aires, y no ha sido en la metrópoli donde se les ha congestionado el alma.

Los peregrinos se dirigen al templo antes que a parte alguna; buenos peregrinos en esto. Las campanas saludan, el órgano truena de alegría. Nuestra Señora del Rosario recibe a los visitantes desde la altura iluminada de su camarín.

* * *

Tiene la Virgen trescientos años.

Sabida es su llegada milagrosa al Callao, en unión de otra imagen de Cristo crucificado. Llegaron sobre las olas, en sendos cajones. Eran regalo de un eminente y santo obispo de Tucumán.

Es un hecho constante, fiel, seguro,
Que aquellos admirables simulacros,
Residiendo en Madrid el gran Victoria,
Los mandó fabricar su celo santo;

como dice en su ramplón romance el buen licenciado Juan Manuel Fernández de Agüero.

La imagen nos la describe el actual arzobispo, Dr. Castellano, en su importante obra sobre la Señora: «Mide ella la altura de un metro y cuarenta y cuatro centímetros. Su rostro y sus manos son obra de fina escultura, bien proporcionados al tamaño, y reúne a la delicadeza de las facciones la dulzura de la expresión. La madera de que ha sido fabricada parece ser ciprés. El Niño Jesús que carga en el brazo izquierdo es también obra esmerada.»

Y agrega el Dr. Castellano:

«Diciendo el P. Lozano que las imágenes que mandó labrar el Sr. Victoria eran de *talla entera*, debemos entender por esta frase que la imagen de Nuestra Señora era no sólo de *cuerpo entero*, como forzosamente había de ser la del Señor crucificado, sino *toda tallada*.»

El artífice que fabricó la bendecida imagen tuvo, pues, la misma inspiración artística que aquel Fr. Bartolomeo Della Porta, dominicano de San Marcos, «uno de los más singulares artífices del Renacimiento florentino», dice D'Annunzio al comentar su poesía de *La Chimera*:

Sé pure il verso mio, Francesca, é reo...